

EUSKAL-ERRIA

REVISTA BASCONGADA

After the rain

the sun is out

and the birds are singing

and the flowers are blooming

and the world is bright

EUSKAL-ERRIA

REVISTA BASCONGADA.

—
FUNDADOR

JOSÉ MANTEROLA.

—
DIRECTOR

ANTONIO ARZÁC.

COLABORADORES:—Adame, Piarres.—Aguirre, Domingo de.—Aguirre de Tejada, Patricio.—Alcorta Márcos.—Ansuarena, José.—Añibarro, Manuel M.—Apraiz, Julian.—Araiztegui, Ramon M.^a de.—Arrese y Beitia, Felipe.—Artola, José.—Artola, Ramon.—Arzadun, Juan.—Baertel, Fr. Daniel.—Becerro de Bengoa, Ricardo.—Blanco García, Fr. Francisco.—Campion, Arturo.—Casal Otegui, Felipe.—Castelar, Emilio.—Comba y García, Adolfo.—Delmas, Juan E.—Dibarrart, M. Pierre.—Echávarri, Vicente G. de.—Echegaray, Carmelo de.—Echeverria, Jesús María V. de.—García Álvarez, José María.—García Galdácano, José María.—Goyeneche, el Dr.—Iñarra, Miguel A.—Iraola, Victoriano.—Iturralde y Suit, Juan.—Iturribarria, Francisco.—Labayru, Estanislao J. de.—Laffitte, Alfredo.—Lecanda, Juan José de.—Loma, José de la.—Lopez y Alen, Francisco.—Madinabeitia, Miguel de.—Marín Cantó, Alfredo.—Mortara, R. P. Pío María.—Murga y Mugartegui, Rafael.—Olea, Enrique de.—Orbegozo de Mazas, Matilde.—Otamendi, José.—Otaño, Pedro María.—Pavía y Bermingham, Joaquin.—Pedrell, Felipe.—Peña y Goñi, Antonio.—Quiquiap.—Soraluce, Pedro Manuel de.—Thebussem, el Dr.—Uhagon, Francisco R. de.—Uranga, Juan Ignacio.—Van Tricht, el P.—Velasco, E. de.—Verdaguer, Mosen Jacinto.—Zalduby, G. A.

TOMO XXXIII.

(SEGUNDO SEMESTRE DE 1892)



SAN SEBASTIAN:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LOS HIJOS DE I. R. BAROJA,
PLAZA DE LA CONSTITUCION.

1895-1896

1895-1896

1895-1896

1895-1896



ÍNDICE DE MATERIAS POR ÓRDEN ALFABÉTICO DE AUTORES.

	<u>Págin as</u>
ADAME, Piarres.—Eskuara eta Eskualdunak, poesía en bascuence labortano	254
AGUIRRE, D. Domingo de.—Juan etorri bat Erromará, crónica en bascuence bizcaino. 39, 72 y.	104
AGUIRRE DE TEJADA, D. Patricio.—Discurso con motivo del centenario de Colón	339
ALCORTA, D. Márcos.— <i>El Ave Maris Stella</i> en idioma euskaro.	491
ANSUARENA, D. José.—Lore bat, poesía en basc. labortano	557
AÑIBARRO, D. Manuel M.—Carta con motivo del centenario de Colón	567
APRAIZ, D. Julian.—Los dólmenes alabeses. 401 y	4483
ARAIZTEGUI, D. Ramon M. ^a de.—Dia 12 de Octubre y un bascongado ilustre.	333
ARRESE Y BEITIA, D. Felipe.—Bitoria-ko uria: poesía en bascuence bizcaino.	57
— Ontzia: id. id. id.	86
— Mariari, Zerura igoeran; soneto, id. id.	144
— Aurtengo uda iya bukatu da; poesía id. id.	244
— Zortziko batzuek Kristobal Kolon aundiari, id. id. id.	278
ARTOLA, D. José.—Subia eta chingurriyak: fábula en bascuence guipuzcoano.	15
— Baratzako arrosa eta sasikoa: id. id. id.	114
— Sardiñ saltzallea, soneto id. id.	176
ARTOLA, D. Ramon.—Bi karnaba.—Azeriya ta arzaya, fábulas en bascuence guipuzcoano.	8-10
— Gizonak eta aitzurrak.—Zezena eta astoa, id. id. id.	108-110
— Abuztua Donostiyan, poesía id. id.	149

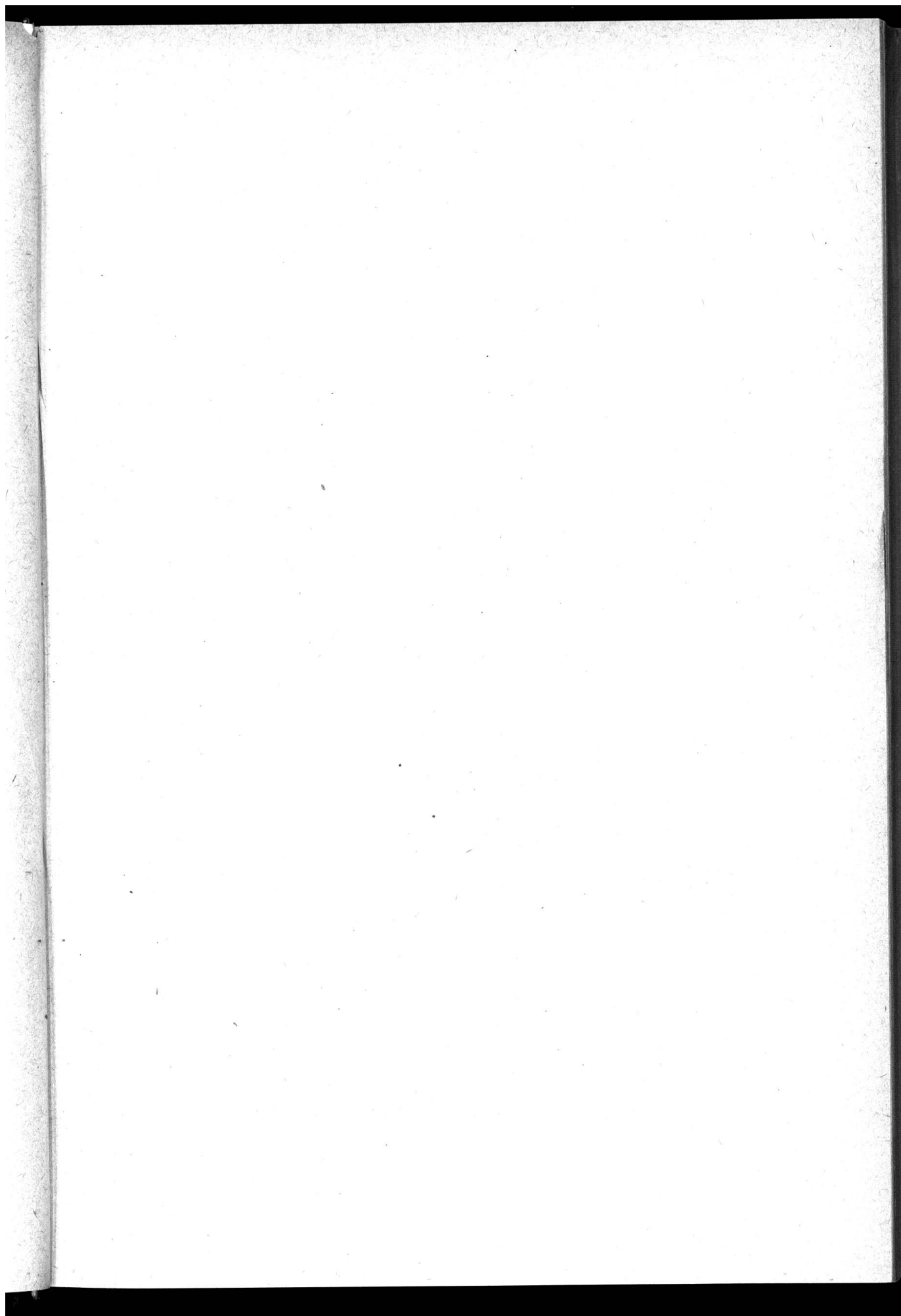
ARTOLA, D. Ramon.—Chimuba.—Dama eta lorea, fábulas en bascuence guipuzcoano.	214-215
— Arbola bi, sagarra ta Indiya gaztaña, fábula id. id.	250
— Iru auntz eta otsoa, id. id. id. dedicada á D. E. S. Dodgson	281
— Bi zakurrak, id. id. id.	293
— Ancheta, ologarroa eta igaraba.—Eskalubak eta chalburuak, fábulas id. id.	329-331
— Asto belarri bakarra, fábula id. id.	374
— Arzaiya eta otsoak.—Erbiñude ama umeak, fábulas en bascuence guipuzcoano	389-391
— Gizon portunoso, fábula id. id.	441
— Gizon ernegatua, id. id. id.	462
— Gizon charrak eta zakur ona, id. id. id.	512
— Fortuna eta deserakida edo diskordiya, id. id. id.	522
ARZÁC, D. Antonio.—Erlia ta ni, poesía en basc. guip.º	30
— Biblioteca pública municipal de San Sebastian. Movimiento habido durante el 2.º trimestre de 1892 y aumento que ha tenido en el 1.º semestre del mismo año.	31-32
— Noticias bibliográficas y literarias. La pelota y los pelotaris y Pelotaris célebres	50
— Mendiyan; poesía en bascuence guipuzcoano	79
— Lore bat id. id. id.	126
— Nere lurra, id. id. id. dedicada á D. Antonio Grilo.	134
— Aingeru bati id. id. id.	232
— id. id. (otra) id. id. id.	249
— Amerikaren agertea, id. id. id.	289
— El descubrimiento de América: versión castellana de la poesía anterior	291
— Euskal-féstkak Donostiyan.—Juegos florales Euskaros en San Sebastian.—1892. Programa	294-295
— Biblioteca pública municipal de San Sebastian. Movimiento habido durante el tercer trimestre de 1892.	308-309
— Baserriyan, poesía en bascuence guipuzcoano, dedicada á D. E. S. Dodgson	351
— ¡Bóga! id. id. id. dedicada á los pescadores de Ondarroa.	362
— ¡Bogad! versión castellana de la poesía anterior	364
— Azaroko lore-şorta, poesías en bascuence guipuzcoano dedicadas á D. A. Goyeneche.	407
— ¡Gaşua! poesía, id. id.	448

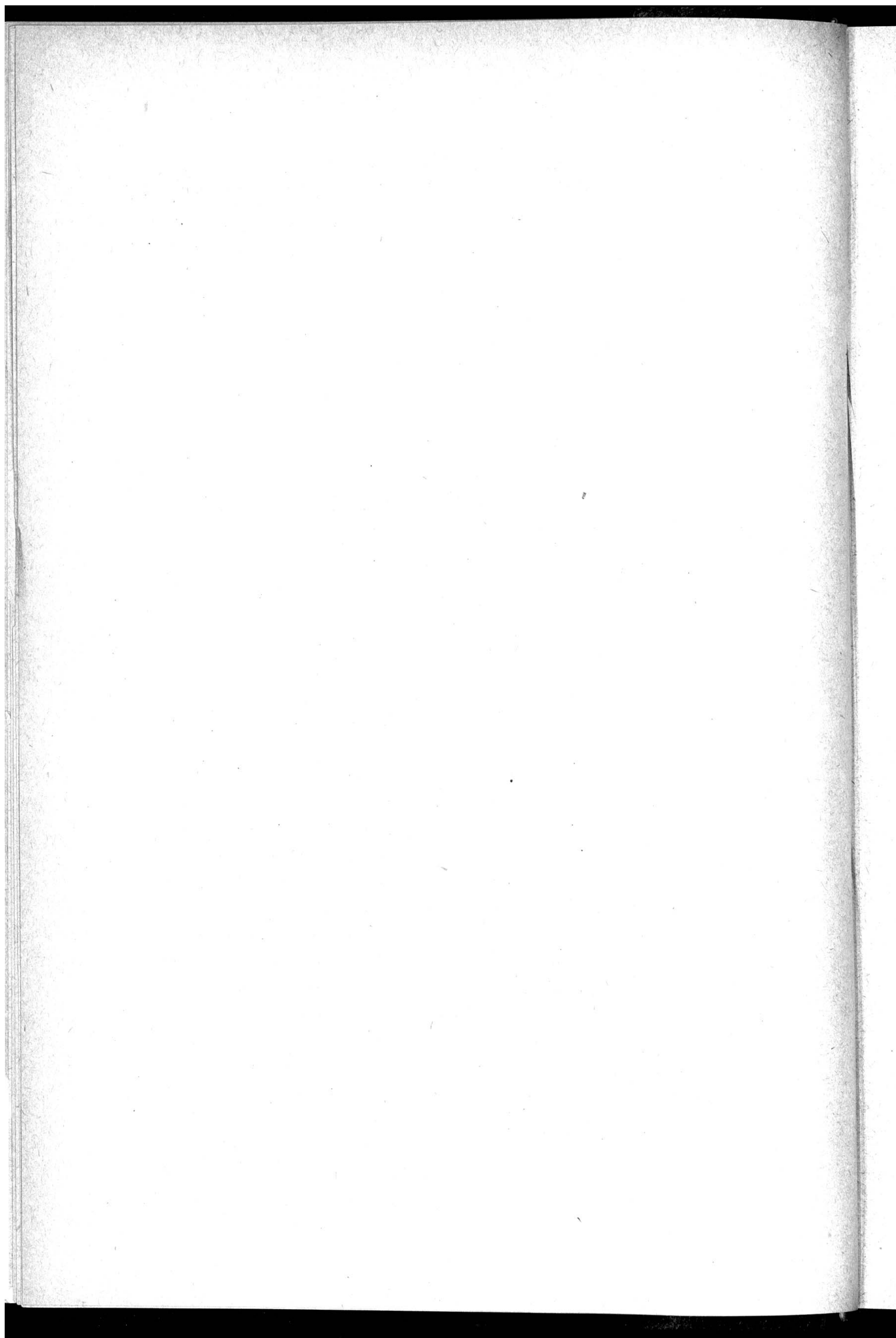
	Páginas.
ARZÁC, D. Antonio.—María Santísima y el soldado español	493
— Eguerriyetan, poesías en bascuence guipuzcoano . . .	524
— Bilguma bereziaren egintza. Acta del certamen literario-artístico euskaro de 1892	554
— Juegos florales euskaros. 1892	576
ARZADUN, D. Juan.—La Virgen de la Blanca, poesía	120
BAERTEL, Fr. Daniel.—Kolon-i, poesía en basc. guip.º . . .	271
BECERRO DE BENGOA, D. Ricardo.—A la buena memoria de D. Fernando de Albizu y Velez de Elorriaga, cura párroco de Elorriaga	153
BLANCO GARCIA, Fr. Francisco.—Poetas catalanes contemporáneos. Mosen Jacinto Verdaguer.	257
CAMPION, D. Arturo.—Datos históricos referentes al reino de Nabarra (continuación). 60 y	237
— Id. id. id. id. id. Una información acerca de los Infanzones de Obanos. 353, 417 y	464
CASAL OTEGUI, D. Felipe.—¡Ama Euskera! soneto en bascuence guipuzcoano, dedicado á D. José Artola . . .	83
— Zure obian, poesía en bascuence guipuzcoano.	236
CASTELAR, D. Emilio.—El labrador.	247
COMBA Y GARCIA, D. Adolfo.—A la memoria de Luis Carril é infortunados compañeros. Contrastes.	358
DELMAS, D. Juan E.—Publicación oportuna.	1
DIBARRART, M. Pierre.—Itsua eta sastrea	170
ECHÁVARRI, D. Vicente G. de.—Los diputados generales de Alaba 321, 449, 481, 513 y	545
ECHEGARAY, D. Carmelo de.—Un libro importantísimo. IV. .	42
— Discurso con motivo del centenario de Colón	423
ECHEVERRIA, D. Jesús María V. de.—Discurso con motivo del centenario de Colón	393
GARCÍA ALVAREZ, D. José María.—Discurso con motivo del centenario de Colón	497
GARCIA GALDÁCANO, D. José María.—Una lágrima!	123
GOYENECHÉ, el Dr.—Donibaneko Euskal-féstk. Discursos pronunciados en bascuence labortano y francés . 199-201	
IÑARRA, D. Miguel A.—Gernika-ko aritz zar eta gazteari, poesía en bascuence guipuzcoano	49
— Agur, agur María	494
— Ujué, monografía sobre dicho santuario	558
IRAOLA, D. Victoriano.—¿Ala ote zan?	352

IRAOLA, D. Victoriano.—¡Gaiñuak! poesía que ha obtenido el primer premio en las fiestas euskaras de San Juan de Luz.	167
ITURRALDE Y SUI, D. Juan.—Una huelga en Pamplona en el siglo XIV	347
ITURRIBARRIA, D. Francisco.—Virgo Clemens, poesía	504
LABAYRU, D. Estanislao J. de.—Armada bizcaina á Indias en 1493.	344
LAFFITTE, D. Alfredo.—Velocipédia	116
— Lo que es la suerte.	223
— Un espectáculo curioso	319
— ¡Es horrible!	336
— La felicidad del hogar.	409
LECANDA, D. Juan José de.—San Ignacio de Loyola	91
LOMA, D. José de la.—El Primado de las Españas.—El acólito de la Catedral	177
LOPEZ Y ALÉN, D. Francisco.—Pintores guipuzcoanos desde fines del siglo XVI hasta nuestros días	77
— En el estudio de Irureta (al vuelo)	172
— Nuestros artistas. Pavía, Ugarte y Gasís	472
MADINABEITIA, D. Miguel de.—El alarde de Santiago en Mondragon	84
MARIN CANTÓ, D. Alfredo.—A la Virgen, poesía.	192
MORTARA, El P. Pío María.—El bascuence en el extranjero. . .	12
— Alocución dirigida á la guarnición de Infantería de San Sebastian	525
MURGA Y MUGARTEGUI, D. Rafael.—Gaztelugach, monografía sobre dicho santuario	570
OLEA, D. Enrique de.—Noticias bibliográficas y literarias. Nuestra Señora de Begoña.	151
ORBEGOZO DE MAZAS, Doña Matilde.—A mi querida hija Matilde en el día de su enlace, poesía	186
— Al retrato de mi nieta María Isabel, id.	217
— Improvisación, id.	408
OTAMENDI, D. José.—Explicación del cielo estrellado de San Sebastian durante el mes de Agosto	136
OTAÑO, D. Pedro María.—Ordañak	94
PAVÍA Y BERMINGHAM, Joaquín.—Discurso con motivo del centenario de Colón.	366
PEDRELL, D. Felipe.—José Antonio Santesteban.	385

	Páginas.
PEÑA Y GOÑI, D. Antonio.—El último tanto	51
— Dos fechas	379
QUIOQUIAP.—¿Hay bascongados en Filipinas?	106
SORALUCE, D. Pedro Manuel.—Noticias históricas acerca del Convento de Santa Teresa y de la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen, de la M. N. y M. L. Ciudad de San Sebastian. 212, 310, 433, 474, 507 y	535
THEBUSSEM, el Dr.—Descripción de la fiesta del Torneo que el año de 1620 hicieron los Caballeros de la Ciudad de Tudela á la Purísima Concepción.	225
UHAGON, D. Francisco R. de.—La patria de Colón, según los documentos de las órdenes militares. 3, 33, 65, 97 y	129
URANGA, D. Juan Ignacio.—Soño-kumiak, fábula en bas- cuence guipuzcoano.	53
— Ille beltza eta zuriya, poesía id. id.	127
VAN TRICHT, el P.—Berta	17
VELASCO, D. E. de.—El museo alabés	54
VERDAGUER, Mosen Jacinto.—Colom, poesía catalana	317
ZALDUBY, D. G. A.—Eskualdunen sorterriko kantua Doni- baneko festetan, poesía en bascuence labortano	209
VARIOS.—El juego	17
— Concurso de literatura Euskara	52
— Tradición franco-española.	80
— La música popular del país basco. <i>El tamborilero</i>	89
— " " " " <i>El zortziko</i>	174
— ¡Zer egiya! poesía.	96
— Carta Real patente mandando que en el Dictado Real, después de Gibraltar, se diga é intitule: Rey de Gui- púzcoa	112
— Una invasión de sardinas	117
— <i>Apuntes necrológicos</i> . D. José Manuel Brunet	118
— D. José Irastorza y Olasagasti	191
— D. Juan E. Delmas	376
— La Virgen Blanca.	419
— Academia de música de Bonifacio Echeverría.	122
— Tristeza	125
— Comisión provincial de monumentos históricos y artis- ticos de Guipúzcoa. 145 y	218
— <i>La patria de Colón</i> ante la Real Academia de la Historia	161
— Las fiestas euskaras de San Juan de Luz.	167

	Páginas.
VARIOS.—Les Fêtes de Saint-Jean-de-Luz.	181
— <i>Bibliografía</i> . Anales del Reino de Nabarra	187
— Carta de Su Santidad Leon XIII sobre Cristóbal Colón.	193
— Deux livres basques.	338
— Vocabulario español-arábigo del dialecto de Marruecos.	440
— Laborantzako liburua	556
— Sociedad humanitaria de Salvamentos Marítimos de Guipúzcoa. Movimiento de fondos y servicios prestados hasta el 30 de Junio de 1892	204
— Lourdes	206
— Honra á Euskaria.—Monumento á Legazpi y Urdaneta en Filipinas	221
— Egiak: Leen eta orai	251
— Variedades Euskaras. Hernio	276
— Iglesia Parroquial de San Ignacio de Loyola de San Sebastian.	282
— Leo de Silka	316
— General de la Compañía de Jesús.	320
— Comisión de Monumentos de Guipúzcoa. <i>Velada en honor de Colón</i> . Discurso de D. Patricio Aguirre de Tejada	339
— Id. id. id. Discurso de D. Joaquín Pavía y Bermingham.	366
— Id. id. id. id. de D. Jesús María V. de Echeverría	393
— Id. id. id. id. de D. Carmelo de Echegaray	423
— Id. id. id. id. de D. José María García Alvarez.	497
— Id. id. id. Carta de D. Manuel M. Añibarro	567
— Las Sardineras, cuadro de D. Ignacio Ugarte.—Apuntes artísticos	383
— Documento precioso. Carta de los pescadores de Ondarroa	384
— Las vidas de nuestros pescadores	410
— El orfeón bilbaino.	415
— Mariaren alabak	457
— La industria de la pesca	459
— Jesús Santesteban.	480
— El cultivo de la remolacha.	495
— Pasteur en la Sorbonne	574







PUBLICACION OPORTUNA.

La patria de Colón, segun los documentos de las órdenes militares, es un opúsculo que acaba de publicar el laureado literato Sr. D. Francisco R. de Uhagon, hijo de nuestra villa aunque avecindado en Madrid, últimamente honrado, siendo tan jóven, con el título de Ministro del Tribunal y Consejo de estas mismas Ordenes. Provisto, merced á este título, de documentos que le han dado luz suficiente para resolver la antigua y debatida cuestion de cuál fué la ciudad donde nació el primer Almirante de las Indias, los ha examinado y repasado tan minuciosamente, que por fin ha encontrado lo que apetecía, y que ya desde hoy reconocerá como sentencia firme toda persona que no esté cegada por la venda del fanatismo para negar la patria de Colón, ó aquel que tenga interés en contrariarla, ó quien, aficionado á sostener opiniones que ha emitido una vez, como hay muchos en el mundo, las mantiene *porque sí*, ó porque su naturaleza no le permite proceder de otra manera.

Saona, que es una villa muy pequeña cercana á Génova, fué donde nació el ilustre *genovés* como así se le ha llamado hasta ahora, y como es posible que se le siga llamando en adelante, porque la costumbre impera con frecuencia sobre la misma naturaleza de las cosas; y á Saona, como dice muy perfectamente el Sr. Uhagon, debemos toda la gloria que de derecho le corresponde por haber sido la cuna del

Descubridor, quien, como hace notar el Sr. Duro, tuvo para ella recuerdo de amor, gratitud de hijo, dando á una de las islas que descubrió el nombre de su patria querida y no otro de los que aspiraron á este honor. Digamos con la autoridad de cosa ya juzgada: «Colón nació en Saona.»

Pero si es grato poder hablar en términos tan rotundos y concluyentes, y poder examinar así este disputado suceso, no es menos agradable entretenerse en examinar el minucioso trabajo que ha hecho el Sr. Uhagon para conseguirlo. Su libro es una joya verdadera de lujo genealógico al par que tipográfico, en el que sigue por orden cronológico y de procedencia las opiniones que en algunas de sus obras han emitido sobre el origen del nacimiento de Colón no corto número de reputados autores, con el nombre del pueblo y año en que las publicaron, el folio en que se narra el suceso, y otros detalles importantes hasta que la *Informacion* dada por D. Diego Colón en Madrid en el año de 1565, deja completamente resuelto el problema. Y como si tantos detalles no fuesen suficientes para ilustrar la materia, ha agregado el Sr. Uhagon á su libro unos *Apéndices*, á título de curiosidad como él dice, sobre las Genealogías de todos los Colón que vistieron el hábito de las Ordenes Militares, que le realzan más y más en interés é importancia.

Y ¡rara coincidencia! Así como este ilustrado paisano nuestro ha tenido la buena suerte de descubrir en el registro que ha hecho del archivo de su ministerio el ya indudable pueblo en que nació el descubridor del Nuevo Mundo, así otro claro varon de relevante ingenio, bizcaino tambien y arrebatado á su familia en la fuerza de la juventud hace pocos años todavía, D. Angel de Allende Salazar, fué quien tambien demostró al mundo de las letras la verdadera pátria del gran Alonso de Ercilla Zúñiga por tantos pueblos disputada, correspondiendo esta suerte á Bermeo, de donde procede toda su familia y se alza todavía la torre en que nació y habitó, y en la que nació tambien su padre que fué el sábio jurisconsulto Fortun García de Ercilla, consiliario del emperador Cárlos I de España, á quien llevó á su lado cuando entendia en los negocios de Estado el célebre Juan Genesio Sepúlveda de Albornoz.

Enviemos, pues, la más completa enhorabuena á nuestro laborioso é ilustrado amigo D. Francisco R. de Uhagon por el servicio que acaba de prestar á la Historia genealógica de uno de los hombres más

insignes de Europa, y demosnosla los bizcainos por ser quien, como el malogrado Angel Allende, su paisano, puso en claro, aunque jamás lo dudó Bizcaya, la patria del autor del más hermoso poema épico que enriquece la poesía castellana.

JUAN E. DELMAS.

LA PATRIA DE COLÓN

SEGÚN LOS DOCUMENTOS DE LAS ÓRDENES MILITARES

POR

D. FRANCISCO R. DE UHAGON

Ministro del Tribunal y Consejo de las Ordenes y Caballero Profeso de la de Calatrava.

Larga controversia, animada polémica y empeñado pleito, aún no fallado por sentencia firme, vienen sosteniendo los historiadores de Colón acerca del lugar preciso de su nacimiento, ya que los más están contextes en que nació en la República de Génova. Muchos son los pueblos de esta hermosa provincia, sin exceptuar la capital, que se disputan con noble emulación y honrosa porfía la gloria de haber sido la cuna donde viera la luz primera el inmortal navegante. La cita de un documento, la interpretación más ó menos gratuita de otro, y las lucubraciones ingeniosas, pero más quiméricas y fantásticas que reales y fundadas, con que los eruditos y los sabios pretenden haber resuelto este problema histórico, aumentan cada día el número de patrias que á Colón se atribuyen, sin que después de cuatro siglos de conquista sepamos en definitiva el pueblo dó naciera el primer almirante de las Indias.

Si de contar se tratara el número de libros y de opúsculos que de la patria de de Colón se han ocupado, formarían desde luego extensa y larga bibliografía; que ya fué achaque de los historiadores primitivos de Indias como Fernández de Oviedo, el Padre Las Casas, López de Gomara, Herrera en sus *Décadas*, el Inca Garcilaso en sus *Comen-*

taños, incluyendo á los cronistas de los Reyes Católicos, dejan envueltos en sombras y misterios los orígenes del nacimiento del conquistador del Nuevo Mundo, comenzando por su propio hijo é historiador de su vida D. Fernando, que los calló ó no los dijo.

Una ojeada acerca de lo que los escritores de más autoridad y más respeto han dicho sobre este punto, pondrá del todo en relieve el extremo de confusión y de anarquía á que hemos llegado con el tiempo, que si es aclarador de verdades, en este caso concreto conduce sólo á aumentar el desconcierto y la duda.

GÉNOVA

Los historiadores antiguos de Italia, Gallo, Giustiniani y Foglieta, del siglo XVI, le dieron por patria á Génova.

GIUSTINIANI escribió: «Christophorus et Bartholomeus, Genuœ, prebeis orti parentibus, carminatores lanœ fuerunt.»

CAFFARO, en sus *Annales Gennuensis* (t. vj. pág. 260) dice que los Colones residían en Génova y se contaban entre las familias nobles de la república desde tiempo inmemorial y que en 1140 fueron creados «quattro consoli de Placiti, e che in isto consolato Guglielmo de Columba, *scrivanus, intravit.*»

CASONI: *Annali della Repubblica di Genova* (Génova, 1708), pág. 27 á 31, pretende encontrar la familia de Colón entre las antiguas de dicha ciudad.

BARROS.—*Asia*.—Década j., libr. iij. cap. xi. «Segundo todos affirman Christovam Colom era genoës de nação.»

SPOTORNO: *Della origine e della patria di Cristoforo Colombo*. Génova, 1819. Dice lo mismo.

MUÑOZ: *Historia del Nuevo Mundo*, libro segundo, pág. 42. «Nació en la ciudad de Génova por los años 1446. Su padre Domingo, aunque ciudadano de aquella capital, tenía fábrica y tienda de tejidos de lana, no alcanzando á la honrada subsistencia de su casa las posesiones que le habian dejado sus mayores en el Placentino.»

LAFUENTE: *Historia general de España*, parte ij. libro iv. cap. ix. «Este personaje, oscuro y desconocido entonces, ilustre y célebre después, era natural de Génova, hijo de un cardador de lana, industria no reputada por innoble en aquella república y en aquella época.»

HARRISE: *Chistophe Colomb, son origine, sa vie, ses voyages, etc.* París,

1884. «Hay unanimidad en los historiadores en decir que fué genovés.»

PRÓSPERO PERAGALLO: *Cristoforo Colombo e la sua famiglia, etc.* Lisboa, 1888. «Dimostrare che l'ammiraglio nacque in Genova sarebbe oggi mai pare un'opera più inutile di chi provasse du due e due fanno quattro.»

El ilustre académico SR. FERNÁNDEZ DURO en su interesantísimo libro *Nebulosa de Colón*, Madrid, 1890. § III, pág. 82. Patria de Colón. «La debatida cuestión del pueblo en que vino al mundo Cristóbal Colón está juzgada en España desde su principio por fe cumplida en la declaración de quien mejor podía resolver las dudas: «*Siendo yo nacido en Génova*, dijo, *vine á servir aquí en Castilla.*» «*De Génova, noble ciudad y poderosa por mar... de ella salí y en ella nací.*»

Cláusula del testamento de D. FERNANDO COLÓN: «*Hijo de Christobal Colón, genovés, primero Almirante que descubrió las Indias.*»

El erudito SR. ASENSIO en el monumento que á la memoria de Colón ha levantado con su libro *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos*, Barcelona, sin año (1891), afirma categóricamente que nació en Génova en el año 1436.

El conde Roselly de Lorgues tampoco expresa vacilación ni duda sobre su origen genovés.

CÚCCARO

P. IPPOLITO DONESMONDI: *Istoria ecclesiastica di Mantova*. Mantova, 1816, part. ij. libro vj. pág. 80.

«Di questo stesso anno (1492) morì Papa Innocenzo ottavo, succedendoli Alessandro VI, spagnolo, di casa Borgia, mentre Cristoforo Colombo, nato nel castello de Cúccaro, sul Montferrato, benche molti ingannati lo scrivono genovese, con maraviglioso ardore si diede a scuoprire, per la perizia sua nella navigazione, la India occidentale.»

GUIDO ANTONIO MALABAILA, de los condes del Canal: *Compendio istoriale della citta d'Asti*. Roma, 1638. «Cristoforo Colombo, la cui famiglia era di Cuccaro...»

ALFONSO LÓPEZ: *Genealogía del Comlombo*. Cita entre sus parientes al obispo titular de Bettelemme, un Apollonio Colom (Apollonio de Columbis ex nobilibus Cuccari) primo hermano de Cristóbal y conde señor de Cúccaro, el cual en 1490 casó dos hijas, una de ellas con el

marqués Saluzzo. Dice que los Colones poseían el castillo de Cúccaro, con otros de la misma comarca, desde 1220, como feudatario de los marqueses del Montferrato.

CARLO DENINA: *Rivoluzioni d'Italia*, tom. ij, libr. xv, cap. IX. «Ci conviene avvertire, che oltre alla maggior popolazione, che trovavasi allora probabilmente nella riviera di Génova, andavano a pigliar soldo e ad esercitarse sopra é legni d'genovesi, così la marineria, come la mercatura, molti nomini di tutte le parte della Liguria, cioè delle Langhe, delle provincie del Mondovi e del Monferrato. Certamente non mancano forti ragioni da credere che Christoforo Colombo, creduto comunemente genovese, perché cominciò ad apprendere ed esercitarse la marineria frá genovesi, fosse di Monferrato, di un castello chiamato Cúccaro, dove ancora sussiste una nobile famiglia discendente da un Francesco Colombo, zio paterno di quel famosissimo navigatore.»

GIANFRANCESCO GALEANI NAPIONE DI COCCONATO PASSERANO: *Dissertazione sulla patria del Colombo*, leída el 16 de Febrero de 1805 en la *Imperiale Accademia delle Scienze*, de Florencia, publicada en las *Memorie di Letterature e belle arti* y reproducida en la *Revue litteraire* de París, le da por cuna á Cúccaro.

FRANCESCO CANCELLIERI: *Dissertazioni epistolari bibliografiche sopra Cristoforo Colombo di Cuccaro nel Monferrato, decopritore dell'America*. Roma, 1809. Sobre la patria del Colombo, §§ del 6.º al 13, págs. 12 á 27.

CANCELLIERI dice (§ 13, pág. 27) que en el *Arbol genealógico de los Colones*, que se imprimió con los autos del pleito con otros documentos, quedó fuera de duda que Colón era originario de Cúccaro, y no de Génova ó Saona ó Nervi, en la ribera de Levante, ni del Pradello en el valle de Nuza de Piacienza.

IGNACIO DI GIOVANNI, canonico di Casale: *Lettera sopra la patria del Colombo* (25 diciembre 1801): «che la patria del Colombo non dovea cercarsi ne in Piacenza, ne in Genova, ma solo in Cúccaro.»

CANCELLIERI no cree resueltamente que Colón naciera en Cúccaro, sino que su familia procedía de aquel castillo y estaba emparentada en la rama que allí quedó. «Quantunque potesse provarsi che fosse nato altrove, siccome da ognun si conviene, che la nascita accidentale non muta la patria; casi essendosi dimostrato che gli antenati é il genitor di Colombo furono Monferrini, risulta ad evidenza, ch'egli an-

cora debba tenersi é chiamarsi del Monferrato.» *Dissertazione* (§ 11, pág. 23). Otra vez defiende más adelante esta tesis y dice: «che la nascita del Colombo sia accidentalmente seguita nello stato Genovese, poichè da tutti si ammette che *la nascita casuale non muta patria.*» Idem id. (§ 13, pág. 27).

SAONA

JULIO SALINERIO, jurisconsulto. *Annotationes ad Cornelium Tacitum* (Genue, ex typis Pavoniana, 1603) se esforzó en probar que Colón habia nacido en Saona *ignobili parenti*. Salinerio fué el primero que acusó á Colón de haber ejercido *la piratería*.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO: «Segun yo lo he sabido de hombres de su nación, fué natural de la provincia de Liguria.... unos dicen que de Saona, otros que de Nervi....»

FERNÁNDEZ DURO: «Fernando Colón desvaneció las pretensiones de Saona, Nervi, Bugiasco, Plasencia.... «*Dios quiso, dijo, que su patria y origen fuesen desconocidos*»; *Nebulosa*, pág. 87.» «Documentos notariales que acreditan la familia de un Dominico Colón (en Saona), tejedor de lana, con tres hijos nombrados Cristóbal, Bartolomé y Diego Colón, ausentes en España»; *Nebulosa*, pág. 101.

Ya en el siguiente párrafo consigna una observación este sabio investigador muy digna de tenerse en cuenta.

«Bien se sabe que tuvo el Almirante marineros, contramaestres, criados, agentes y corresponsales genoveses, sin que aparezca un solo corso; que puso á una isla el nombre de SAONA, que conserva, y no bautizó ninguna con los de Cyrno, Cesia, Balagna ó cualquier otro que recordara la patria del abate (Casanova) investigador»; *Nebulosa*, pág. 102.

(Se continuará)



BI KARNABA

Bat zebillela otzak
naikoa jan gabe,
ezin egiñik zerbait
jatekoren jabe,
arrimaturik kaiol
batekoa gana,
esan zion:—ai lagun
jau pena, au lana!
denbora char oekin
nabill erdi illa,
eta zugana nator
zerbait jankai billa;
eman bazenirake
orain dezunetik,
nik ordaña jirako
nizuke menditik;
jai nork leukaken zure
bizimodu ona!
zori onekoa da
kaiolan dagona:
—¿bai? esan zion, uste
ez nuben nik ori,
kanpoa geiago zait
gustatutzen neri;
itzul baneza egin
noiz bait nik emendik,
gustora jiratuko

bai nituzke mendik;
eta besteak ura
ikusteaz ala,
bere bizi modubaz
kontentu etzala;
kaiolari atea
alzuben moduban
irikirik, presoa
libre para zuban;
eta presaz an zeuzkan
jankaiak janikan,
biyak zuten itzuli
egatu andikan.
Egatu zuten bañan
egun asko onak,
etzituben pasatu
kaiolan egonak;
sarri emanik oso
gogorki elurrak,
eta estalirikan
arbol gain ta lurrak;
otzak egoetatik
jarri zan elbarri,
eta ala zanean
au ikusi larri,
lengo kaiola billa
menditik jachizan,
bañan ez arkiturik
kaiolarikan an,
eta ezin egatuz
zebillela billa,
otzak eta goseak
izandu zan illa.

.

Charragatik askotan
utzi oi da ona,
gaizkiako jarri oi
len ongi egona;

gaizki izatea zer
dan ezdakiyenak,
ez dezake jakin zer
balio dun onak.

AZERIYA ETA ARZAYA

Azeriya chabola
batera zan sartu,
eta zituben iru
arrautza lapurtu;
eta segiran nola
nai baitzituben jan,
an gertatutzen zala
arzai bat zelatan,
autsi zuben denboran
lendabizikoa,
arkitu zion zillar-
ezko zuringoa:
segiran zubenean
lertu urrengoa,
urrezkoa billatu
zion gorringoa;
eta bestea zuben
denboran kaskatu,
zizkan urrea eta
zillarra topatu;
eta ez irukirik
iya zer janikan,
ernegatu ta bota
ta joan zan andikan.
Arzaya segiruban

chabolara billa
joanik, erosi zuben
ango arrautz pillā;
eta siñisturikan
zala aberastu,
zitzaizkan mendik eta
artaldeak aztu;
eta segiran joanik
errira, an lasa
zituben, guri zenbait
egun eder pasa:
gero zanean zillar
ta urrez biartu,
arrautzetan bat zuben
kaskatzeko artu;
eta ari barrenen
billatu ziona,
izan zan urre, zillar,
truk jankai chit ona;
kaskatu zubenean
gero bigarrena,
ustela zion ari
billatu barrena;
eta irugarrena
zubenean lertu,
ari zion chito bat
biziya billatu;
eta negarrez denak
bertan utzirikan,
presaz berriro joan zan
mendira andikan:
bañan otsoak lenaz
egiñikan jabe,
arzaya gelditu zan
ardirikan gabe.

.
Begi ichutan sopra
fiyatutzen danak,

maiz billa bailitzake
gaizki bere lanak:
bai eta ere gerta
ez dedin negarrez,
ez utzi eskutik len
daukan gauzik errez.

RAMON ARTOLA.

EL BASCUENCE EN EL EXTRANJERO

Ya conocen los lectores de la EUSKAL-ERRIA, siquiera sea de nombre, al venerable y distinguido filólogo y políglota señor Doctor *Mitterutzner*, Canónigo Regular de Letran de *Neustift* cerca de Brixen (Tirolo austriaco) y Director del R. Liceo ó Instituto de aquella ciudad.

De ese tan respetable señor hablé más de una vez enumerando sus notables trabajos, entre los cuales merece muy especial mención la Gramática de los idiomas del Africa central, que costaron á su autor tantas fatigas y tan largos desvelos, remunerados luego por la universal aceptacion y fama de que gozan esos trabajos lingüísticos, y por el agradecimiento que demostraron al autor los Misioneros de aquellas regiones tropicales por haberles facilitado el estudio de aquellos tan difíciles idiomas y en particular el resultado de sus apostólicas tareas entre los indígenas á quienes es tanto más difícil convertir cuanto ménos se conoce su habla nativa.

Esa obra del señor Mitterutzner es una de las joyas más preciosas de nuestra Biblioteca incipiente de la Casa-Canónica de Oñate, á la cual, lo mismo que á toda nuestra Orden, tanto honra ese venerable señor.

Dicho esto para reparar una omisión en que incurrí en mis anteriores apuntes, he de participar á mis apreciados lectores un dato que me proporciona el expresado Sr. Mitterutzner, en su última carta del 28 de Junio pasado.

Parece ser (y traduzco aquí del alemán lo que me comunica el señor Mitterutzner) que un filólogo de Viena pretende haber descubierto un parentesco filológico muy cercano entre el bascuence y los idiomas eslavos. La obra promete ser muy difusa y voluminosa y se venderá al precio de cuatro florines. El señor Mitterutzner consultado por su autor (que él no nombra en su carta) le contestó con un argumento que por su fuerza inductiva y general aplicación no admite réplica ni tiene vuelta de hoja. Los *numerales* muestran á las claras el grado de afinidad y parentesco que media entre dos idiomas. Aplicando, pues, esa regla al eslavo y al bascuence resulta que la proporcion matemática (si me es permitido expresarme así) es como de 1 á 10. Véase si no el siguiente paradigma:

	Numerales eslavos	Numerales bascongados
1	En, ena, eno. . .	Bat.
2	Duo, due	Bi.
3	Triji, tri.	Iru.
4	Stirje, stiri. . . .	Lau.
5	Pet, petero. . . .	Bost.
6	SEST, SESTERO . .	SEI.
7	<i>Sedem</i>	<i>Zazpi.</i>
8	Osem	Zortzi.
9	Devét	Bederatzi.
10	Deset	Amar.

De esa paradigma se colige con toda evidencia que de los diez números tan solamente el número 6 *Sest*=SEI presenta alguna marcada semejanza, y una lejana y pálida analogía el número 7 *Sedem*=ZAZPI. De modo que mantenemos la proporción señalada arriba. El eslavo está al bascuence como 1 á 10; ó bien, para ser generoso en el cálculo, el bascuence está al eslavo como 1 á 10.

Es decir que la pretendida afinidad entre los dos idiomas es casi nula. Queda, pues, en pié lo que tantas veces se ha dicho del bascuence que es idioma singularísimo, distinto de todos los demás, completamente *sui generis*, aislado como un oasis del desierto de Sahara, como una de aquellas seculares pirámides de los tiempos prehistóricos de Sesostris ó Semíramis que desafían al tiempo y se burlan de la voracidad de los siglos y de los sarcasmos del bárbaro Beduino que las desprecia por no barruntar lo que valen; un idioma digno, por lo mé-

nos, de llamar profundamente la atención de todos los aficionados á la arqueología filológica.

También me pregunta el señor Doctor Mitterutzner si es justificada la etimología que fija el Diccionario trilingüe del P. Larramendi á la palabra ESPAÑA, idéntica, á su parecer, á la palabra bascongada Ez-PAÑA (labio). Salvo el respeto debido á tan eminente escritor, que tanto ilustró y ennoblecíó á su querida patria, me tomo la libertad de apuntar que la tal etimología, (como tantas otras consignadas en aquel Diccionario), parece algo arbitraria, tanto en el terreno ideológico como en el filológico. En el primero, por más que me devane los sesos, no acierto á descubrir analogía de ningún género entre el labio (*expaña*) y la posición topográfica de nuestra península que con referencia al continente europeo más tiene de *pié* (*oña*) que no de *labio* ó *cabeza*. En el segundo, porque no sería fácil tarea el demostrar la identidad de *España* y *Ezpaña* sin que sea óbice la tan singular metamorfosis de la *z* en *s*, mientras parece tan natural el génesis de la palabra *España* de la palabra latina *Hispania* suprimiendo la *h* que ya, desde hace siglos, no es factor esencial en la pronunciación latina, y asimilando la *i* á la *e*, su simpática vecina en la gama cromática de la vocalización.

Cuestiones podrán parecer estas baladíes, no lo niego; pero sirva todo ello para poner de realce el interés que inspira el bascuence á los extranjeros.

PÍO MARÍA MORTARA
C. R. L.

Elosua (Guipúzcoa), 7 de Julio de 1892.

SUBIA ETA CHINGURRIYAK

Sube gorri zakar bat
zebillen soruan,
oso aserraturik
aldarte zoruan;
šardia azaldurik
errabi sutuan
inguruko guztiyak
beldurtzen zituan;
ura bentzutu nairik
asko ziran joaten,
aundiyak ari gogor
egin zezayoten;
bañan bertaratu ta
ura ikusirik,
denak jiratzen ziran
beldurraz josirik.
Chingurri gorri pillak
zan an inguruan
ta denak sartu ziran
subien zuluan,
eta kontuz arturik
zuluaren bia,
zai zeuden etortzeko
bertara subia.
Au sartu zan kanpotik
oso zalapartan,
ta denak ziran argan

ichachi batetan;
ain gogor erasorik
guztiyak berari,
akabatu ta utzi
zuten sube ori.

.
Zenbat aldiz aundiyak
ezin duten gauza,
chikiyak modu onez
egiten du aisa;
gure artian ere
au baita gertatzen,
chikiyak moduz aundi
asko du bentzutzen.

JOSÉ ARTOLA.



BERTA

Subió la elegante jóven con agilidad á la delantera del carruaje que la esperaba: recogió su traje, y tomando las riendas de manos del *groom*, exclamó dirigiéndose á su precioso tronco de jaquitas negras y brillantes como el azabache: ¡hala, diablejas, hala!

Los animalitos, negros como la noche, agitando los plateados cascabeles de sus charoladas colleras, lanzáronse primero á trote largo, y despues casi á galope tendido.

La jóven, inclinada hácia adelante, acariciándolas con el látigo y estremeciéndose de placer, parecia embriagada por el vértigo de la carrera.

¡No tan de prisa, señorita Berta, no tan de prisa, por piedad! ¡tengo miedo!

La que le suplicaba en tales términos era la institutriz, una inglesa muy correcta en todo, pero nada valiente; al mismo tiempo se encogía y replegaba contra el almohadillado respaldo del coche, empequeñeciéndose por el miedo, como los pajarillos cuando arrecia la tormenta.

—¡Oh! Miss Morton—exclamó Berta, me olvidaba de que estabas ahí! ¡Dispénsame, soy tan dichosa!

Y con una sola voz de mando que lanzó á las jaquitas, las diablejas negras tomaron otro paso más lento.

¡Era tan dichosa! ¿Y cómo no lo habia de ser la preciosa niña? Flor temprana salida del temprano invernadero del Pensionado, adorada por su padre como hija única que era; de todos amada porque era buena, dueña de su libertad, rica, de privilegiado talento; Dios la habia colmado de todos sus más preciados dones naturales desde la cuna.

¡Cómo no había de ser dichosa!

Y sin embargo nada de esto causaba en ella aquella felicidad que se reflejaba en su hermoso rostro; y quien la hubiera encontrado algunos meses antes guiando aquel mismo coche, la hubiera oído decir: ¡Oh! ¡Morton, cómo me fastidio!

Porque era una de esas naturalezas privilegiadas é ideales que se apasionan por todo lo bello, lo grande, lo noble y lo heróico; cosas todas bien raras en este mundo sublunar. Uno de esos caracteres en quienes brotan incesantes aspiraciones hácia el cielo, que son atraídos por Dios como atrae el norte la aguja imantada, y que van buscando por el mundo, sin encontrarlo en él jamás, ese centro de atracción que su corazón necesita para reposar en él por amor.

Habíanla llevado de salón en salón, de fiesta en fiesta, é interrogada sobre estas diversiones.

—Pues bien... cómo lo diré—exclamaba. Me parece que poco más ó ménos todo es lo mismo.

Al día siguiente del primer baile, su padre le había dicho: ¿Qué tal, hija mia?

—¡Pues mira, la verdad es que en resumidas cuentas estoy cansada!

—¿Y los jóvenes con quienes has bailado?

—¡Ah! mis compañeros de danza, mis danzantes.... ¡Vamos, la verdad es que esperaba que tuvieran un poco más de chispa y de alma!

Con este motivo su padre llegó á sospechar que la niña había leído á escondidas en el convento á Schopenhauer.

—¡Schopenhauer! y ¿quién es ese individuo?

Ah, querida hija mia, un gran enfermo, que padecía una enfermedad que está de moda y que los alemanes llaman *Weltschmerz* ¿no sabes alemán?

Sonrió Berta, y sacando de su bolsillo una monísima cartera en donde asentaba los pensamientos que más le gustaban en sus lecturas, señalóle con el dedo á su padre una página diciendo: ¿Es esto por ventura? Y el padre leyó: «El hastío, ese inexorable hastío que constituye el fondo del alma humana.» (*Bossuet*).

II.

Su padre en cierta ocasión yendo de paseo con ella, acertó á pasar ante la pobre vivienda de uno de sus obreros, á la sazón enfermo. La invitó á penetrar con él en aquel miserable albergue, y Berta entró y vió al pobre enfermo, á su mujer, á sus hijos, y en medio de la relativa limpieza de aquella casita, oyó la voz del desamparo y de la miseria que llamaban á la puerta de su corazón. Fué una revelación... su corazón latió apresuradamente de un modo desusado... Parecíale que Dios la llamaba: ¡Hija mia, hija mia! Y desde aquel día las diablejas negras de su cochecito no conocen otro camino que el que lleva á los pobres tugurios de la aldea, escalonados á lo largo de callejuelas estrechas, expuestos á la intemperie y á la lluvia, en donde tiritan los enfermos ó lloran las madres; pobres cabañas en las que se quejan de hambre los pequeñuelos, establos en que nacería Jesús, si hoy debiera nacer otra vez.

Y he aquí explicado el origen de su dicha. Estaba cuidando á una pobre madre que yacía enferma al lado de la cuna de su niño: le había llevado un manto de abrigo, un poco de vino rancio y succulento extracto de carne, unas mantillas para el recién nacido... ¡qué sé yo cuántas cosas! Y al ir á despedirse, una niña, la hija mayor de la enferma, Irma, que mecía la cuna del niño y que con ojos llenos de fijeza y de asombro había visto cómo cuidaba aquella señorita á su madre, empezó á llorar sin decir una palabra: después, desbordándose de su corazoncito el afecto, echó sus brazos al cuello de Berta, besándola y exclamando: ¡Oh tú, tú eres buena!

—Y preguntais ¿por qué era dichosa Berta, la rica, la hermosa Berta?

Por aquel beso de la pobre niña, que se cuelga de su cuello y le dice que la ama.

III.

¡Así que las diablejas negras, no hay más remedio, tienen que correr á escape!

—Querida Morton, yo no puedo ir á este paso! ¡el camino es excelente, no hay peligro, yo respondo! Y azotando con la punta de su

fusta la espalda de sus jaquitas, estas recobraron el trote largo, que se transformó en galope rapidísimo, vertiginoso á través de los corpulentos árboles que sombreaban el camino.

Al extremo formaba este una curva rápida, y sin refrenar su fogoso tronco Berta, aflojando las riendas, los obligó á describir la curva: desgraciadamente vió demasiado tarde á un obrero que caminaba en dirección contraria. ¡Cuidado! gritó Berta.

De un salto el obrero se puso fuera de peligro, pero manchándose en el lodo de la cuneta. Una inmunda blasfemia y maldiciones de odio hirieron los oídos de la jóven.

El coche se alejaba rapidísimamente... y no oyó más; pero pálida, temblorosa, con el corazón oprimido: Juan—dijo á su *groom*—¿conoce V. á ese hombre?

—Ah, señorita—respondió Juan—ya le dije á V. que no convenia ir á casa de esa mujer... es Guillermo, su marido. Es la más mala cabeza de este cantón. Este es el que hace dos años quiso incendiar el castillo de la señorita, y tenia ya preparado el petróleo. Nada se puede conseguir de semejante gente, y si la señorita quisiera creerme....

—¡Bien, Juan, bien, te lo agradezco. Esas gentes no nos conocen, y es menester que nos conozcan, volveremos, pues, allá!

Berta cumplió su palabra.

Entre todos los enfermos á quienes visitaba, la pobre madre era la preferida; y por cierto que iba mejorando á ojos vista, reanimada por la solicitud, y más aún por el amor de Berta.

¡Oh, quién supiera pintar, para poneros delante el hermoso cuadro que contemplaban entónces los ángeles!

La madre, incorporada un poco en las almohadas de su pobre lecho, aún pálida, pero empezando á sonreír á la vida que volvía á recobrar; á su lado Berta, sentada en una silla de tosco pino, ensayándose en fajar en sus mantillitas al pequeñín; delante de ella la niña mayor Irma, pobre rapazuela de seis años, dándole uno á uno los alfileres para sujetar las fajas; y la madre dirigiendo de cuándo en cuándo con su débil voz aquella dulce maniobra, para la que no se daba Berta mucha maña.

Era de ver aquel pobre lecho rozando el traje de seda, aquella pobre Irma casi cubierta de harapos, apoyándose con amor y confianza en la bella castellana, y á las tres cambiando entre sí alegres ocurrencias y dichos, como si fueran tres hermanas.

Mas he aquí que la puerta se abre, y el padre, que volvia de predicar la huelga y de dar el mal ejemplo dejando el trabajo, se presenta de improviso.

Al ver á Berta entre su mujer y su hija y con su hijo pequeño sobre sus rodillas, el corazón del obrero dió fuertes sacudidas en su pecho, porque tenia buen fondo; mas no sé qué maldito hálito le habia envenenado, y acababa de jurar en su reunión socialista que él no se ablandaría jamás.

No descubrió su cabeza y permaneció de pié clavando en Berta una mirada llena de maldad con relámpagos de odio.

Berta se levantó de la silla, y dirigiéndose á él le alargó la mano no sin un ligero estremecimiento.

—¡Hola amigo mio Guillermo,—empezó á decir é interrumpió la frase poniéndose como la grana.—Amigo mio, mucho sentí lo que sucedió el otro día, pero mis jaquitas corrian tanto, y yo le ví á V. tan tarde!

Aquellos hermosos ojos, aquella dulce voz de mujer que tomaba inflexiones de tanta amabilidad, le conmovieron; pero se acordó del Club y de sus compañeros de jaranas que se burlarian de él, y se mantuvo duro.

—¡Ya, ya, para vosotros los ricos qué significa un obrero! A un obrero, pues, se le aplasta como á un topo fuera de su madriguera.

—¡Bestia,—gritó su mujer prorrumpiendo en sollozos—pero tú no estás viendo lo que esta joven hace por nosotros!

—¡Que nos paguen los ricos nuestros sudores, y no necesitaremos de sus limosnas!

Y la pequeñuela Irma abrazada á sus rodillas le decia: ¡Pero papá, si es tan buena, es tan buena!

—Quítate allá,—repuso el padre arrojándola léjos de sí.

Berta lloraba.

Abrazó y besó á la enferma, besó á su hija y puso al pequeñín en la cuna.

—Hasta la vista,—dijo con suave inflexión de voz y dominando su emoción—algun día me conocerá V. mejor.

La enferma se curó por completo, y desde entónces Berta prodigó cada vez ménos sus visitas; pero todos los días, por disposición suya,

la pequeña Irma venia al castillo, y cuando volvía, siempre volvía cargada de regalos.

Tanto, que poco á poco fué cambiando de aspecto la pobre casa, en donde parece que había vuelto á penetrar la comodidad y la dicha; pero el odio ardía, sin embargo, en el corazón del padre. Tantos y tan repetidos beneficios no ablandaban su corazón.

—¡No es posible lograr nada de gentes como esta, señorita,—decía Juan!

Y ella llena de confianza exclamaba:—¡No nos conocen todavía, Juan, algún día nos conocerán mejor!

IV.

Sucedió que un día Irma no acudió al castillo á la hora convenida. Y ved á Berta extrañada primero, después inquieta, porque la joven tenía singular cariño á aquella niña que tan ingenuamente la amaba. Berta mandó enganchar sus jaquitas, y partió.

Encontró á la madre llorando y con el pequeñín en su regazo.

—¿Dónde está Irma?—preguntó.

—¡Ah!, señorita. Irma está enferma de gravedad, el médico ha venido y no ha querido de ningún modo decir lo que tiene; pero ha mandado que la separen del pequeño.

—Pero... ¿dónde está?

—Mi hombre le ha hecho una camita allá en el lavadero y allí está con ella: él quiere mucho á esa hija de mi alma.... ¡Oh, si sucediera una desgracia, qué sería de nosotros, Dios mío!

—¡Vamos, vamos, buen ánimo! ¡Voy á verla!

Detrás de la casita, adosada al muro, había un colgadizo en donde se hacían las coladas tan necesarias á los carboneros, y allí cerca del horno, el padre había compuesto bajo cuatro tablas viejas una camita para su pobre niña; y allí estaba pensativo velando á su cabecera.

Cuando Berta empujó la puerta se estremeció el obrero, y extendiendo los brazos hacía adelante—¡No entre V.,—gritó—no entre V.!

—Ya es tarde—exclamó Berta con deliciosa sonrisa—ya estoy dentro.

—¿Pero V. sabe lo que tiene esta pequeña? ¿Sabe V. que podría V. morir?... ¡tiene la difteria!

Berta sintió un estremecimiento rápido como un relámpago que

recorrió todo su cuerpo. La naturaleza humana instintivamente temblaba; mas en medio de ese relámpago oyó la voz de Dios por segunda vez, que la llamaba: ¡Hija mia! ¡hija mia!

Y acudió á la voz de Dios.

—¡Ah! ¡la difteria! ¿y no es más que eso?

—¡Pero le digo á V. que es contagiosa, que es mortal!

—Nadie se muere hasta que Dios quiere, amigo mio, dejadme ver á la niña. Y se encaminó á la camita en donde Irma reposaba. Estaba roja como la escarlata, la pobrecita abrasaba, devorada por la fiebre, y por entre sus dientecillos apretados se escapaba su respiración como un hipo estridente.

—¿Le han dado lo dispuesto por el médico?—preguntó Berta.

—No he podido lograrlo; la niña no quiere abrir la boca.

Berta tomó un pincel, y echó en una copa el contenido de un frasco.

—Tenga V. esto—dijo al padre, y despues inclinándose sobre la enfermita—Irma—le dijo con voz amorosa.

Su niñita entreabrió los ojos, y al reconocer á Berta, una sonrisa embelleció sus abrasados labios.

—Soy yo, hijita mia, y voy á curarte: ¡abre bien la boquita, querida!

Y la pequeña obedeció. Berta con gran presteza le humedeció la garganta. Volvió otras dos veces á hacer la misma operación: la niña sufría, retorcia sus bracitos, pero era Berta, y por Berta ella quería sufrirlo todo.

—Hemos concluido, queridita mia. ¡Ahora á dormir! y la arropó cuidadosamente como lo hubiera hecho su propia madre.

—La salvaremos—dijo al obrero.—Hasta dentro de muy poco. Adios.

V.

Las diablejas negras no reposaron durante tres dias: del castillo á la casita, de la casita al castillo, corriendo sin cesar.

Nadie hubiera reconocido aquel rincón del lavadero: una camita de hierro cubierta de blandas mantas y limpia colcha habia sustituido al desvencijado lecho de Irma; el banquillo de madera en donde velaba el padre, habia sido arrojado fuera, y ahora, asentado en blando

sillón de muelles, contemplaba á su hija, que dormía con sueño tranquilo. ¿Qué pasaba en aquel corazón de bronce? Todavía no había salido de su boca una palabra de gratitud... Cuando las lágrimas se agolpaban á sus ojos, se las sorbía hácia adentro. He jurado—decía—no ablandarme por nada,—y ahogaba los sentimientos de su corazón. ¡Pero cómo le hervía la cabeza, qué tempestades se desencadenaban en su alma!

La tarde del tercer día al irse á retirar Berta, uno de los encajes que adornaban las mangas de su vestido se enganchó en el pestillo de la puerta y se desgarró.

—¡Jesús que desmañada soy!—exclamó la joven, y cogiendo el pedazo que colgaba desgarrado, lo acabó de romper con viveza y lo tiró fuera de la puerta.

—Hasta mañana,—dijo Berta.—¡Yo creo que nuestra niña se ha salvado!—y partió.

Cuando ya estaba lejos, el obrero sintió en esta ocasión que el corazón se le deshacía en lágrimas. Tomó la luz que alumbraba el pequeño cobertizo, y registrando con los ojos si alguno le podría observar en el campo, abajándose hácia la tierra, empezó á buscar el pedazo de encaje desgarrado. Le encontró, y escondiéndolo, entró en el tugurio de su niña, y allí solo, vueltas á ella las espaldas, contempló un momento aquel pedazo de encaje; después, como si fuera la reliquia de un santo, lo besó con prolongadísimo beso... doblólo cuidadosamente con sus toscos dedos, lo envolvió en un pedazo de periódico, y con un alfiler lo sujetó sobre su camisa encima del corazón.

¡Ah, sin las malas compañías, Guillermo sería otro hombre... Mas los compañeros le llamarían cobarde!

VI.

Al día siguiente Berta no volvió.

Por la tarde, cuando el anciano médico vino á ver á Irma en su chiribitil: ¡Albricias,—le dijo á Guillermo,—aquí todo va bien: la niña está fuera de peligro, pero creo que la señorita Berta no saldrá de esta!

El obrero dió un grito que parecía un rugido, y asiendo ambas manos del doctor:

—¡Oh! pero... la señorita Berta no tiene la difteria, ¿no es verdad?

—Sí, Guillermo, es la difteria, y en un grado de que desgraciadamente pocos escapan.

—Pero, ¿verdad que no morirá, verdad que no?

—Mucho me lo temo... ¡los ángeles suelen volver tan pronto al cielo!

—¡Oh, lo que V. dice es horrible...—Me voy á volver loco. ¡Con que es decir que aquí la hemos matado!... Ah, señor doctor, yo nada entiendo, pero... he oído decir que... ¿Es cierto que puede uno dar su sangre á otra persona?... ¡Ah, aquí está mi sangre, toda, toda estoy pronto á darla por ella!... ¡No! ¡no! ¡es imposible que muera!... ¡Esto es horrible! ¡horrible!...

—Vamos, tranquilízate, Guillermo,—en este caso para nada sirve tu sangre. Ruega á Dios por ella... aunque, según las trazas, no me parece que tienes tú mucha costumbre de rezar...

Cuando el médico le dejó solo con Irma, el obrero se dejó caer en su sillón, y apoyando sus dos codos sobre la mesa se sujetó con ambas manos la cabeza... Después, de repente, corrió á la camita de Irma, y arrodillándose delante de su niña: Irma,—le dijo—ayúdame á decir el Padre nuestro, dímelo despacito, hijita mía!...

La niña cruzó sus manecitas: Padre nuestro, que estás en los cielos—decía ella con su dulce vocecilla. Y el padre repetía: Padre nuestro que estás en los cielos... Y en torno de aquel pobre albergue se escuchó el aleteo de los ángeles que recogían y llevaban hasta el trono de Dios la oración de aquel corazón endurecido.

Dos días después no hubo esperanza alguna de vida para Berta. Y al anochecer se pudo observar á Guillermo que á través de la negra sombra de la alameda de árboles, con precipitados pasos, febril y el corazón oprimido se dirigía al castillo.

Llamó: Juan que estaba advertido salió á abrir.

—Dijéronme que la señorita Berta quería que viniese.

—Si, sígueme—dijo Juan.

Y á través del gran parque de entrada, á lo largo de la escalera de mármol blanco, sobre los tapices de Esmirna, donde se hundían sus toscos zapatos, en medio de los mármoles y bronces marchaba el pobre Guillermo sin ver nada.

Al extremo de un corredor, Juan abrió una puerta... Estaba Berta

allí reclinada en un lecho de colcha blanca festoneado de seda azul; la fiebre hacia resaltar más su encendido rostro sobre la blanca almohada; y como si Dios no hubiera querido que la desfigurara la enfermedad, sus ojos conservaban aún su mirar dulce y apasionado, y sus labios su cariñosa sonrisa. Indicó al obrero por señas que ella no podía hablar, y le alargó su mano.

Entonces él se arrojó con las dos rodillas en tierra, y asiendo con sus manos temblorosas aquella manecita pálida:

—¡Perdón,—gritó entre sollozos—perdón, perdón, lo pido por Dios, por la Virgen Santísima! por... No pudo continuar, la emoción sofocó su voz, mas sus labios que se agitaban mudos, besaban una y muchas veces aquella mano de la moribunda y sus ojos la bañaban con lágrimas ardientes, abrasadoras lágrimas en que iba envuelta toda su alma destrozada, todo su corazón arrepentido!

Berta no cesaba de sonreír, y como si hubiera esperado á esta hora y ya no hubiera nada que pudiera retener su vuelo; de pronto se incorporó en su lecho, sus ojos se fijaron con expresión extática en el espacio. Vió á sus ángeles que venían á su encuentro con coronas de rosas y azucenas.... Por tercera vez oyó la voz de Dios que la llamaba:

¡Hija mía! ¡hija mía!

—¡Al cielo,—exclamó—al cielo! y dejó caer hácia atrás la cabeza murmurando:—¡Oh, cuán dichosa soy!

Después sus ojos se cerraron... Aquel alma se elevó á las alturas...

¡Los ángeles vuelven tan pronto al cielo!

P. VAN TRICHT, S. J.

(*Mensajero Canadiense.*)



EL JUEGO



(HISTÓRICO)

La sed de oro, la ambicion, la necesidad de emociones fuertes, he aquí principalmente lo que motiva, á nuestro humilde entender, eso que llamamos juego. Vemos hombres que dias antes descansaban en blandas y lujosas butacas, yacer hoy en un inmundo pajar, merced á la caridad pública: todo por el juego ¡y sin embargo hay quien juega!

Vemos que niños aun, se acercan al tapete, para adquirir un duro y lo pierden. Tal vez su pequeña pero depravada imaginacion, maquina en aquel momento un plan, que desdice de su nombre y hasta de su posicion: idea su mente una cosa horrible, maquina robar á su infeliz madre, para arriesgarlo de nuevo ante el *libro de las cuarenta hojas*.

A crímenes espantosos, á dramas de familia, no menos tristes, ha llevado el juego; y sin embargo, hoy se juega, se jugaba ayer, y mañana se jugará sin duda alguna... La maldita sed de oro, la ambicion, la necesidad de emociones fuertes, he aquí sus manantiales, he aquí las fuentes de donde dimana... Hechos mil pudieran aducirse para demostrar lo perjudicial del juego; pero sirva de prueba la relacion de uno verídico hasta en sus detalles, y que demuestra lo vergonzoso de ese vicio.

Nos hallábamos en una de las principales capitales de España, cuyo nombre no hace al caso recordar. Hallábase en ella por los años de 1861, establecida una casa de juego; situada en el interior de un piso principal lóbrego y mal decorado, mas parecía una mazmorra que una habitacion. Una mesa larga y estrecha, cubierta de un tapete verde,

se hallaba colocada en medio de la estancia. Al rededor de los que tallaban se encontraban multitud de hombres de todas edades y condiciones, desde el decrepito de 80 años hasta el imberbe joven de 16. Todos jugaban, unos por ver si su peseta produciría ciento, otros por ver si sus millones producían más... Pero llamaba más particularmente la atención un hombre alto, grueso y de buenas facciones, aunque un tanto encendido el rostro. Parecía hallarse en su casa ó muy próximo á ella, pues vestía bata azul de terciopelo; indicando todo en él, ocupar una de las primeras posiciones de la capital. Sin embargo, en aquel momento se hallaba confundido, y tal vez compartía con la hez del pueblo que, en lugar de entregar el jornal á su familia para comprarse el pan, iba á invertirlo allí, en el delirio embriagador del juego.

Un criado de nuestro capitalista iba depositando sobre *el verde tapete*, cantidades enormes, que tan pronto como las colocaba á una carta, tan pronto las perdía. El hombre de la bata azul no parecía atemorizarse ni estremecerse ante tan grandes pérdidas; y seguía jugando. Tal vez cuando perdía más, creía volver á recoger lo que antes había perdido. ¡Infeliz!... El juego continuaba su curso natural, cuando dos jóvenes, cuya entrada en la sala pasó desapercibida, se colocaron á la vista de los que tallaban. Uno de ellos parecía hallarse habituado á aquella lobrete y aquel silencio pendiente de una carta. El más joven, alucinado por su amigo, había penetrado en aquella estrecha mazmorra. Sin embargo no quiso llamar la atención y acercóse al juego, aunque sus manos no sacaron la menor cantidad para depositarla al albur de una jugada. Sus ojos se fijaron en las *puestas* de su amigo, como si le interesase su suerte. Chocóle, sin embargo, ver que el hombre de la bata azul perdía cantidades considerables, sin que una vez siquiera la suerte le fuese favorable.

No pudiendo guardar en su pecho esta extrañeza, preguntóle á su amigo, que entonces se hallaba á su lado, cómo aquel hombre perdiendo tan abundantemente seguía jugando... Su amigo hizo un gesto significativo y con sonrisa burlona le contestó: «¡Si es el banquero más rico de la capital!» Como si estas palabras hubieran convencido á nuestro joven, callóse; y despues de estar largo rato viendo luchar á hombres contra hombres por el vil y mezquino metal, se salió, dejando á su amigo entretenido con su ocupacion favorita. Cuatro años habían pasado despues de lo que se acaba de referir; y

nuestro joven, á pesar de la multitud de ocasiones que por todas partes le cercaban, habia permanecido ejemplar; y concluidos sus estudios, se hallaba al lado de los que le dieron el ser. Y en el mes de octubre, acompañado de un pariente suyo, se paseaba por uno de los lugares más concurridos de la capital de Bizcaya. La noche anterior habia tenido lugar un suicidio de un joven forastero, que muchos atribuían á desesperacion por sus pérdidas en el juego. Las malas consecuencias de ese vicio eran el tema de la conversacion de tío y sobrino, cuando notaron que un hombre, anciano por lo encorvado de sus espaldas y las arrugas de su frente, cubierto de harapos, con el zurrón y bastón nudoso, acercóse á nuestros interlocutores, que interrumpieron su marcha. —«¡Una limosna por el amor de Dios!» dijo con debil y vacilante voz el mendigo. Nuestro joven, celoso por socorrer al necesitado echó mano á su bolsillo, no sin fijarse atentamente en aquellas facciones que parecian no serle desconocidas.

—Tened, buen anciano, dijo alargándole una moneda..... Pero ¿quereis ayudar á mi memoria para que os conozca? Yo recuerdo haberos visto hace años...—Tal vez ¿estuvisteis hace años en... contestó el anciano. ¿Frecuentábais acaso una casa de juego en la calle de... ¿No recordais un hombre vestido de bata azul, que siempre se hallaba junto á la mesa de juego, depositando cantidades por manos de un criado suyo? Pues ese era yo, joven, ese era yo.

—¡Ah! sí, ya recuerdo, mas entonces vos nadabais en la opulencia, érais poderoso, érais rico. ¿Cómo así, tan repentina mudanza?

Una lágrima resbaló de los ojos del anciano ante el recuerdo de mejores dias, y exclamó:—Joven, el juego y no otro vicio, me ha conducido á la situacion en que me veis. Rico era entonces y podia disponer de grandes cantidades de oro, que invertia en comodidades; hoy no poseo ni la más pequeña moneda de plata para atender á mi subsistencia. Entonces dormia en blando lecho y á cubierto del frio y de la intemperie; hoy más de una vez un abierto tejado es mi cuarto, unas sucias pajas son mi lecho y mis almohadas: Sois joven, aprended de mí, y ni por un momento depositéis la menor cantidad sobre la mesa de juego, porque sois perdido. Entrará en vos el afán de la ganancia y ¡ay entonces!... —¡Dios se lo pague! dijo, notando la moneda que se hallaba entre sus manos, y hundiendo la blanca barba en el pecho, retiróse confuso y arrepentido; porque un hombre se habia levantado de entre los demás, para con su presencia reprenderle su falta...

Tío y sobrino siguieron el camino de su casa, no sin hacer profundas consideraciones sobre el caso, y proponiéndose extender este hecho para ejemplo y escarmiento de los jugadores.

¡Infeliz de aquel, según dijo el anciano, que arriesga su primer moneda en el juego! El vicio le perseguirá siempre, y desgraciadamente, tarde ó temprano será víctima de él.

Dichoso yo si, con la relacion de este suceso verídico, logro apartar á algunos jóvenes de ese abismo sin fondo que llamamos «juego» y que debiera llamarse «*ruina de las familias.*»

UN BASCONGADO.

ERLIA TA NI



¿Zer da au? Ezin bota
Gañetik erlia;
¿Uste dezu menturaz
Naizala loria?
Askok esaten naute
—Darizu eztia—
Ta.... orain pensatzen det
Ote dan egia.

ANTONIO ARZÁC.

BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL

DE

SAN SEBASTIAN.¹



MOVIMIENTO HABIDO DURANTE EL SEGUNDO TRIMESTRE DE 1892.

Número de lectores que ha concurrido á la Biblioteca	796
» de obras que se han servido.	815

Clasificacion por materias de las obras servidas.

Agricultura	12
Bellas Artes	15
Ciencias físicas y exactas	70
Ciencias médico-quirúrgicas.	9
Ciencias morales y políticas	2
Ciencias sagradas y filosóficas.	68
Derecho	3
Geografía—Viajes.	23
Historia de España	90
Historia natural.	18
Historia universal.	24
Industria, artes y oficios.	4
Legislacion	8
Lingüística.	16
Literatura española.	72
Literatura general	39
Seccion bascongada.	220
Seccion enciclopédica	122
Total general	815

(1) Rogamos á nuestros estimados colegas locales se sirvan dar cuenta, en sus columnas, del movimiento habido en este centro de instruccion y recreo.

Clasificación de las mismas por idiomas.

En castellano.	608
En bascuence.	24
En francés.	169
En italiano.	2
En inglés.	2
En alemán.	1
Diccionarios y obras bilingües: bascuence-castellano	8
Diccionario trilingüe: bascuence-castellano-latín	1
Total general.	815



AUMENTO QUE HA TENIDO LA BIBLIOTECA EN EL 1.^{er} SEMESTRE DE 1892.

Obras procedentes del Excmo. Ayuntamiento.

Química industrial y agrícola por el Dr. Vagner (4 tomos en 4.^o mayor).

Donativos particulares.

Revue des Pyrénées et de la France meridionale. (2 tomos en 4.^o menor). De la Asociacion Pirenáica de Francia.

Discurso leído por D. Antonio Pirala en su ingreso en la Real Academia de la Historia. (Folleto). Del autor.

La pelota y los pelotaris, por D. Antonio Peña y Goñi. (2 tomos en 8.^o). Del autor.

Historia de la Ciudad de San Sebastian por el Dr. Camino. (1 tomo en 4.^o). De D. Antonio Arzac.

La Biblioteca pública municipal, situada en la planta baja del Instituto, se halla abierta al público todos los dias no festivos, de 10 á 12 por la mañana, y de 4 á 8 por la tarde.



LA PATRIA DE COLÓN

SEGÚN LOS DOCUMENTOS DE LAS ÓRDENES MILITARES

POR

D. FRANCISCO R. DE UHAGON

Ministro del Tribunal y Consejo de las Ordenes y Caballero Profeso de la de Calatrava.

(CONTINUACION)

NERVI

*Solares nobles de Castilla, Aragón, Galicia, y otras partes, de don Alonso de Santa Cruz, D. Pedro de Azcárraga, el conde de Lemos y otros. Sala de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, Z. 38, fol. 20. «Duque de Veragua, Almirante de las Indias, descendiente de Cristóbal Colón, que descubrió el Nuevo Mundo, marqués de Xamaica; su apellido Colón. Renta 20.000 ducados. Fué Colón italiano, natural de Nervi. Son sus armas, etc.» FERNÁNDEZ DURO: *Nebulosa*, pág. 16.*

CUGUREO ó COGOLETO

LORENZO GAMBARA: *De navigatione Christophori Columbi* (poema). Roma, 1585. «Columbus, natus Cugureo, quod Castrum est in territorio Genuensi, tam insigne factum effecit.»

FELICE ISNARDI: *Dissertazione ond' e' chia rito il luogo preciso della Liguria Marittima Occidentale ove nacque Cristoforo Colombo*. Penirolo, 1838.

GEROLAMO BOCARDO: *Nuova enciclopedia Italiana*, tomo V, página 1249. «Nacque secondo i più, á Cogoletto.»

PLASENCIA

CAMPI: *Discorso istorico circa la patria del Colombo*. Tomo ij de su *Storia universale di Piacenza*. Piacenza, 1659.

TIRABOSCHI: *Storia letteraria d'Italia*, lo creyó natural de Piacenza, con l'autorité del Campi.»

CESAR CANTÚ: *Storia universale*, época XIX, cap. IV: «de una familia noble de Plasencia empobrecida por las guerras de Lombardía.»

En la nota dice Cantú que se discuten la cuna de Colón, Génova, Cogoletto, Bogliasco, Finale, Quinto, Nervi, Saona, Palestrella, Albizoli, Cosseria, Val d'Oneglia, Castel di Cúccaro, Piacenza y Pradello.

ALBIZOLA

Paulo Jovio en los *Elogia*, Gonzalo Argote de Molina y Rivarola y Pineda, asignaban esta patria al descubridor, en cuya opinión asiente modernamente Giuseppe Garbarini *Cenni storice intorno al borgo di Albizola Marina, patria di Cristoforo Colombo*. Génova, 1886.

VALLE D'ONEGLIA

MONSEÑOR FRANCESCO AGOSTINO DELLA CHIESA, *vescovo di Saluzzo*: *Historia Chronologica Augusto Taurinorum*; Turin, 1646, pág. 376. Dice que en 1465 era obispo titular de Bettelemme Gio. Giacomo Colombo de'signori di Cúccaro, fratello di Domenico, padre del gran Crisforo «*ex quo patet celebrem Columbum non ligurem, sed Pedemontanum fuisse.*»

Corona reale di Savoia ó sia relazione della provincie e titoli ad essa appartenenti: Cuneo, 1655, tomo ij.

CALVI

Sobre la superchería de los franceses que se lo quisieron apropiar,

véase á FERNÁNDEZ DURO, *Nebulosa*, pág. 85. El Sr. Fernández Duro cita:

1793.—*Recueil de renseignements et extrait des Histoires compilées par Simeon de Bouchberger sur le fameux navigateur Christ. Colomb.*

1826.—SAVELLI sobre el libro inédito de P. Dionisio de Coste, donde se dice: *Calvii natum Columbum.*

1840.—El magistrado Guibega dice poseer documentos sobre el nacimiento de Colón, que no publica.

1840.—La *Revue de Paris* pidió que Francia levantara en Calvi un monumento á Colón.

1841 (17 agosto).—La *Gaceta de Madrid* reprodujo la noticia.

1888.—PAUL CORBANI: *Christophe Colomb, corse* (París).

1888.—L'ABBÉ J. PERETTI: *Christophe Colomb, français, corse et calvais* (Bastia, 1888).

1881.—L'ABBÉ MARTIN DE CASANOVA DI PIOGGIOLA: *La vérité sur l'origine et la patrie de Christophe Colomb* (Bastia, 1881).

Y á los alardes de todos estos pueblos reclamando para sí timbre de gloria por ser la patria de Colón, podría agregar los alegatos de *Finale, Cosseria, Chiavari, Bogliasco, Quinto, Módena* y otros varios.

Recientemente el Capitán Isidoro G. Baroni dice que gana terreno la creencia de haber nacido D. Cristóbal en Pradello (*Cristoforo Colombo ed il quarto centenario della scoperta dell'America*).

Francisco Ferruccio Pasini, pretende demostrar que vino al mundo Colón en *Terra Rossa* (*Revista de la Academia literaria del Uruguay, Montevideo, 1891*).

Y por la colección de documentos oficiales de Venecia (*Venetian State Papers*) que publicó Mr. Rawdon Brown, deduce Mr. Eugene Lawvence en su opúsculo *The mystery of Columbus*, que el gran Almirante era griego y no italiano.

Ante esta confusión y opinión tanta, dignas todas del mayor respeto, pero sin otro resultado práctico que el de dejarnos sumidos en la incertidumbre y en la duda, hube yo de notar que nunca habia leído ni visto citado documento alguno que á Colón se refiriese y que hubiere salido del histórico y rico archivo de nuestras *Ordenes Militares*. Pensé que en esta veneranda institución caballeresca por donde ha desfilado en lucida y admirada cohorte cuanto ha habido en España de ilustre y de glorioso en el abolengo y en la alcurnia, en las armas

y las letras, en las ciencias y las artes, no podía faltar la luminosa estela que el descubridor del Nuevo Mundo ha dejado tras sí; y á esos archivos hube de dirigir mis investigaciones alentado por la esperanza y confiado en la índole de las informaciones de las Ordenes, que por sus Estatutos y Definiciones depuran la verdad, y que por hacerse con intervención directa de la persona y de su familia son más segura garantía de fe y testimonio más firme de ser cierto lo en ellas contenido.

Mi primera impresión tuvo que ser, lo confieso, de desaliento y de pena. El abandono forzado á que en calamitosos tiempos se vieron obligados los papeles y legajos, bulas y documentos de los archivos de Uclés, Calatrava y Alcántara, las injurias de los siglos, y las malas condiciones de los sótanos y desvanes donde se almacenaron, depredaciones, extravíos y pérdidas cuando á Madrid se trajeron, han disminuído por modo muy sensible las antiguas riquezas de este archivo. Únase á estas tristezas las que nos refiere D. Luis de Salazar en el expediente mandado formar por orden de los Señores del Consejo el año de 1702 en averiguación de cómo se quemaron varios cajones de antiguas escrituras en el Convento de Uclés, á cuyo panteón se trasladaron «como lugar más seguro para que no padeciesen con el temido bombardeo de los alemanes,» y en cuyo expediente nos cuenta que el panteón fué en efecto su sepulcro por hallarse en él cumpliendo pena un fraile á quien suponían poseído del demonio, y que luego resultó loco del todo, como lo demostró pegando fuego á los cajones, que se quemaron y convirtieron en ceniza, y claro es que dudé de si el éxito correspondería á mis deseos y propósitos.

Tras detenida busca en los papeles de Alcántara, di con un expediente lacrado en cuya cubierta leí con vivo regocijo: «*Cajon 1, t.º n.º 36. Cau.º Alcantara 1540. D. Xpt.º Colon Ap.º en 6 de Julio.*» Dentro de esta cubierta hay otra que contiene la información y dice así: «*Informacion de don xptoal colon para el abito de Alcant.ª Desp.ª en 6 de Julio de 540.*» Y dentro de esta doble envoltura está la

Informacion de don Xpoual Colon hijo del Almirante de las Indias.



»Informacion de don Xpoual Colon para le dar el abito de Alcantara.

»En la villa de Madrid á seis dias del mes de Jullio de quinientos é cuarenta años por comysion de los Señores del Consejo fueron requeridos los testigos de yuso contenydos para saber si don Xpoual Colon es hermano de don Diego Colon hijos legitimos del almyrante e virreyna de las Indias e se recibió por testigos al obispo de Tierra-firme y al Licenciado Prado y á Pedro de Prado su hijo vezinos de Santo Domingo los quales juraron en forma de derecho e dijeron e depusyeron lo siguiente:

«El dicho don fray Tomás de Berlanga obispo de Tierra-firme llamada la Castilla del oro habiendo jurado en forma de derecho e syendo preguntado por el tenor del interrogatorio dijo e depuso lo siguiente: á la primera pregunta dijo, que conosce á don Xpoual de Colon que es hijo de don Diego Colon almyrante que fué de las Indias y de doña María de Toledo e que el dicho don Xpoual Colon es hermano de don Diego Colon cavallero de la horden de Santiago y que entre ambos son hijos de los dichos almyrante e de doña María de Toledo y que los conosce desde que nacieron porque se halló donde nacieron que fué en la cibdad de Santo Domingo en la ysla Española e que ansi es público e notorio ser hermanos los dichos don Xpoual Colon e don Diego Colon e por tales son avidos e tenidos y que el dicho don Xpoual será de hedad de diez y siete años poco mas ó menos e que es mayor de dias que el dicho don Diego e lo firmo de su nombre.—El obispo de Tierra-firme (su rúbrica).

»El Licenciado Fernando de Prado vezino de la cibdad de Santo Domingo de la ysla española aviendo jurado en forma de derecho e syendo preguntado por el tenor del dicho pedimento dijo que sabe que el dicho don Xpoual Colon e don Diego Colon son hermanos de padre y madre porque son hijos de don Diego Colon almyrante que fué de las Indias e de doña María de Toledo su mujer preguntado que como lo sabe dijo que porque syenpre los ha visto en casa de la dicha virreyna y la dicha virreyna les ha llamado hijos y por tales hijos de los suso dichos y hermanos son avidos e tenydos y porque este testigo se acuerda averlo oido decir á los padres de los dichos don Diego e don Xpoual Colon e sabe que durante el matrimonyo del dicho almyrante e virreyna nascieron los suso dichos e por tales son avidos e tenydos e comunmente reputados en todas las Indias islas del mar Oceano donde dellos se tiene noticia y ansi es publico e notorio e la ver-

dad para el juramento que hizo e lo firmó de su nombre.—El licenciado Prado (su rúbrica).

»El dicho Pedro de Prado vezino de la cibdad de Santo Domingo abiendo jurado en forma debida de derecho e syendo preguntado por el tenor del dicho pedimento dijo que conosce á los dichos don Xpoual Colon e don Diego Colon e la virreyna de las Indias e que sabe que los dichos don Xpoual Colon e don Diego Colon son hermanos hijos de la dicha virreyna de las Indias e de don Diego Colon almyrante que fué de las Indias e ansy es publico e notorio en la dicha cibdad de Santo Domingo e que por tales hermanos legitimos este testigo los tiene por que si otra cosa fuera este testigo lo obiera visto e sabido e que ansi es publico e notorio e la verdad que los dichos don Diego Colon e don Xpoual son hermanos legitimos abidos de legitimo matrimonio del dicho almyrante e virreyna de las Indias e que esta es la verdad para el juramento que hizo e lo firmo de su nombre. —Pedro de Prado (rúbrica).»

El hallazgo, si apreciable y curioso por tratarse de un documento desconocido y que por modo tan íntimo y directo se relacionaba con la próxima familia del descubridor de América, nada probaba ni decía de la patria de Colón; ni tenía por qué decirlo, toda vez que se limitaba al único punto demostrable al objeto de esta información y probanza, el declarar que D. Cristóbal era hijo legítimo habido en legítimo matrimonio y por lo tanto legítimo hermano de D. Diego, que había vestido ya el hábito de Santiago; y como al cruzarse éste hubo de haber demostrado cumplidamente su ascendencia, legitimidad, cristiandad y nobleza, no tenía D. Cristóbal que probar lo ya probado, ni duplicar instrumentos de prueba. No faltaba, pues, como yo presentía, la gloriosa huella de Colón en nuestras Ordenes; ni los Reyes como Grandes Maestres de ellas dejarían de honrar con alguna de sus ricas y pingües Encomiendas á los sucesores de quien se habia visto colmado de honores, mercedes, privilegios y dádivas en justa recompensa á su inmortal hazaña. Abona esta opinión la edad temprana en que los dos hermanos vistieron el hábito, edad en que sólo solían recibirlo los Monarcas de Castilla, Príncipes de Sangre Real ó personajes de altura agraciados con la Encomienda antes á veces de llevar la cruz.

(Se continuará)
